

Un fantasma para Ángela

Lucía
Baquedano

Dibujos de
Toni
Cabo



La casona

Mi casa no era un castillo, pero se parecía mucho porque era de piedra, y tan grande que todos la llamaban «la casona».

Entonces yo vivía en lo más alto, en el desván, y se estaba bien allí. Me gustaba el desván, la casona y el jardín que se veía desde la ventana del tejado. Era todo tan estupendo que me extrañó que mi familia quisiera irse. Se habían puesto muy raros de repente. Tan raros que hasta dejaron de hablarme, y todo porque a mi hermano le dio por decir que todas las noches soñaba conmigo, como si aquello fuera tan malo. Cantidad de

veces sueño yo con él y no me importa. A veces hasta lo paso bien. Pues nada, a él por lo visto le importaba, y mi madre ponía cara de pena cuando Lorenzo lo contaba. Ella fue la que más rara se puso, porque empezó a parecerle terrible encontrar juguetes míos en cualquier lugar de la casa. Solía quedarse un rato con mi coche tele-dirigido o con las piezas del mecano en la mano y decía «¿y esto?», como si acabara de descubrir que tenía un hijo desordenado, cuando todos los que me conocen saben que, aunque no soy mala persona, siempre se me olvida recoger mis cosas.

Así que aunque se vivía bien en la casona, como todos se estaban poniendo tan raros, mi padre dijo un día que aquello no podía seguir así y que en cuanto terminara el curso nos iríamos a Buenos Aires.

Pues bien, yo no quería ir a Buenos Aires, porque está tan lejos que hay que cruzar el mar, y seguro que no me iba a gustar vivir entre tanta gente que no conozco. Así que cuando ya estaban sacando las maletas me escondí en el desván, que es un lugar donde no se les ocurriría mirar cuando me echaran en falta. Después de todo,

me había pasado más de medio curso escondido allí para no ir al colegio y nadie lo había notado. Además, por si a mi madre o a Aquilina se les ocurría subir, puse delante de la puerta un sillón muy grande y después me asomé con disimulo a la ventana del tejado para ver qué pasaba.

Fue estupendo porque no pasó nada. En cuanto cargaron las maletas en el maletero mi padre entró en el coche y lo puso en marcha. A mi madre le costó más, porque se empeñó en abrazarse con Aquilina y después empezó a mirar a la casona, como si le diera pena dejarla, cuando ella era la que más se quejaba porque no podía dormir aquí, y hasta se empeñó en decir que mis juguetes salían solos de mi cuarto, como si no supiera bien que era yo quien los sacaba y los bajaba a la sala o al jardín cuando quería jugar.

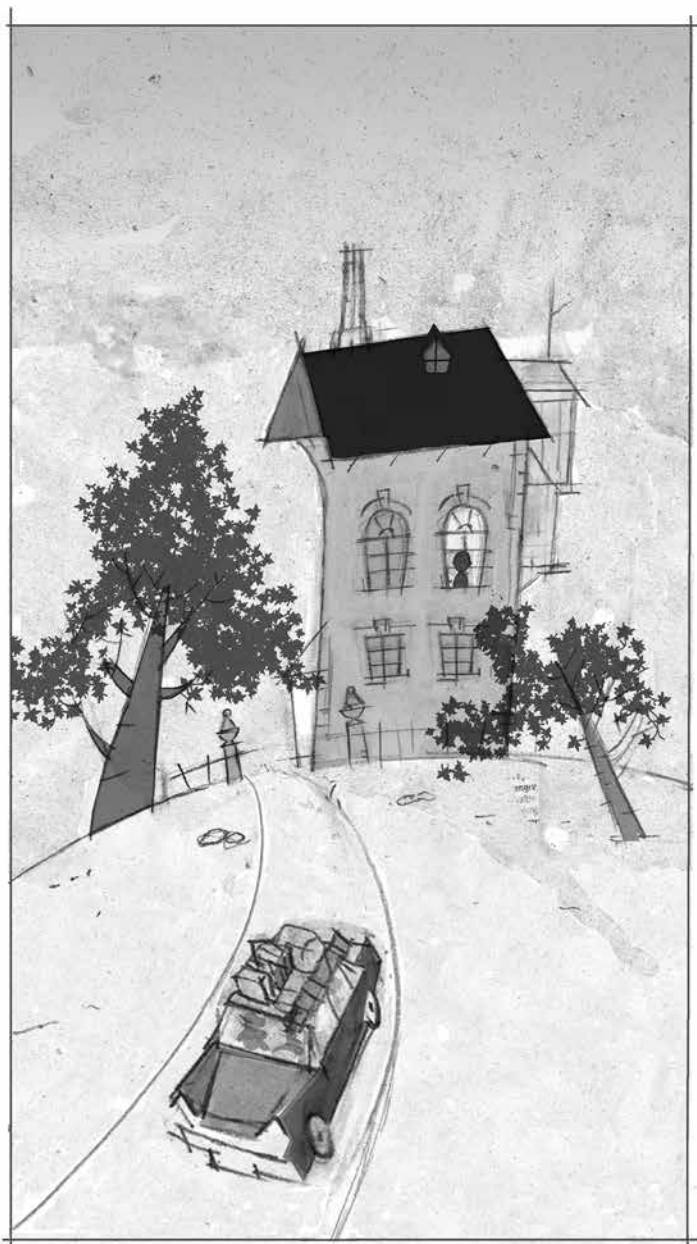
Por fin entró en el coche y se sentó junto a papá. Miró al asiento de atrás, donde estaban Lorenzo y Rosalía, y casi me muero del susto, convencido de que iba a ver que yo no estaba. Pero ni siquiera se fijó, así que el coche arrancó y se fueron todos.

La verdad es que al principio estaba un poco asustado porque sabía que pararían a comer en

Ventaquemada. Mi padre es incapaz de pasar delante de Ventaquemada y no detenerse a comer hongos y chuletón. Y en cuanto entraran al comedor diría que una mesa para cinco, y entonces mi madre se daría cuenta de que sólo estaban cuatro porque faltaba uno de sus hijos. Y por bien que olera el revuelto de hongos de papá, seguro que ella lo obligaría a volver a la casona a por mí.

Pero fue pasando el rato y no se oía el runruno del motor ni se veía el coche ni nada. Aquilina hacía rato que se había ido después de cerrar todas las puertas con llave, y cuando ya empezaba a hacerse de noche me convencí de que no volvían y me puse tan contento. Si conseguía que entraran en el barco sin echarme en falta estaba salvado, porque el capitán por nada del mundo daría la vuelta a mitad de camino a Buenos Aires, sólo porque yo me hubiera quedado en tierra, si lo sabré yo.

Estuve mucho rato en la ventana del tejado vigilando a ver si volvían, pero empezaron a apagarse las luces de las otras casas y el reloj de la sala sonó y conté hasta doce campanadas. Pensé entonces que habían tenido tiempo de sobra para llegar al puerto y subir al barco. A lo mejor



incluso habían zarpado y yo me había librado de ir a Buenos Aires.

—¡Lo he conseguido! —grité. Y tan contento, tan contento estaba de haberme salido con la mía, que empecé a reír. Y eran tan fuertes mis carcajadas que el eco las repetía, y eso que nunca me había dado cuenta de que en la casona hubiera eco.

Salí del desván y bajé de dos en dos las escaleras. Luego las volví a subir porque decidí que era mucho más divertido bajar por la barandilla. Como mi madre no estaba, nadie me iba a reñir, así que me agarré fuerte para no caerme como aquella vez, y me deslicé gritando:

—¡Se han ido! ¡Se han ido, y como estoy solo ahora podré hacer lo que me dé la gana!

La bola de hierro que había al final que se parecía a una piña me frenó. Bajé de un salto y fui a la cocina dispuesto a beberme todos los refrescos que hubiera. Pero el frigorífico estaba vacío, y menos mal que no tenía hambre porque lo único que habían dejado en la despensa era una nuez pequeñaja, tan atrapada entre el estante y la pared que, por más esfuerzos que hice, no la pude sacar.